

¿Qué se juega en la lucha cultural?

Germán Roberto Cantero

Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER)

Resumen

La lucha cultural es presentada desde hace décadas como la pelea de fondo frente a una hegemonía que somete a los pueblos latinoamericanos a procesos de dominación y explotación cada vez más sofisticados y violentos. Este artículo revisa entonces las cuestiones que se juegan en esta lucha: la renuencia de los actores políticos de pasar del discurso a la acción; las condiciones que posibilitarían este paso; las líneas de acción estratégica que implicarían, con énfasis particular en la educación; los valores de pretensión contrahegemónica que pueden considerarse, y las exigencias existenciales, culturales y ético-políticas que se les plantean a los educadores que se asuman como militantes de una cultura liberadora.

Palabras claves: lucha cultural; hegemonía cultural; educación popular; valores culturales antagónicos

What is at stake in the cultural struggle?

Abstract

The cultural struggle has been presented for decades as the real fight against the hegemony that subjects Latin American peoples to domination and exploitation processes that are increasingly sophisticated and violent. This article reviews the issues that are at stake in this struggle: the reluctance by political actors to move from discourse to action; the conditions that would enable this step forward; the lines of strategic action that would be involved, focusing on education; the counter-hegemonic pretension values that may be taken into account, and the existential, cultural and ethical-political demands posed to educators who assume themselves as militants of a liberating culture.

Keywords: cultural struggle; cultural hegemony; popular education; antagonistic cultural values

Actores y analistas políticos que se presentan como adscriptos al amplio campo del progresismo parecen coincidir discursivamente en que el intento por ponerle coto a las arremetidas recurrentes del neoliberalismo en Argentina y en la región latinoamericana se dirime en los sucesivos logros de una lucha cultural.

Sin embargo, esto de las arremetidas amerita una aclaración. En realidad, los poderes fácticos -materiales y simbólicos- de esta fase más sofisticada y perversa del capitalismo están vigentes y actuantes desde hace muchas décadas, en una continuidad que -por períodos y en algunos países- reúne condiciones políticas para regularlos en beneficio de las sociedades nacionales. Sus arremetidas recurrentes aluden, entonces, a las sucesivas llegadas a un mayor control del Estado por gobiernos que los representan; ya sea por la vía de golpes cívico-militares, de los llamados golpes blandos o de triunfos electorales. Es decir, por los medios que cada oportunidad aconseje, sin pudor alguno por las formalidades democráticas.

En lo que aquellos actores y analistas no coinciden es en las categorías para caracterizar estas recurrencias: ¿cíclicas, circulares, por oleadas? Pero, más allá de las polémicas teóricas, sí acuerdan en que éstas se presentan recientemente con una violencia cada vez mayor, con componentes clasistas, racistas y sexistas que nos retrotraen a los períodos más oscuros de la historia humana, expresando odios y desprecios que en Argentina han aflorado desde sus orígenes en las campañas de exterminio del indio, en el sometimiento por la fuerza del gaucho para transformarlo en peón, en los fusilamientos de los inmigrantes anarquistas, en el bombardeo y ametrallamiento del pueblo en la Plaza de Mayo en 1955, en la necrofilia aplicada a un cuerpo símbolo como Eva Perón, en los vuelos de la muerte durante la última dictadura cívico-militar. Ayer y hoy el autor intelectual y muchas veces material de estas tragedias y de otras tantas ha sido el mismo: una oligarquía cerril que se asume como dueña de este país, aunque subjetivamente se sienta extranjera.

Sin embargo, en el contexto de esta historia y de este presente, tan ávido de chivos expiatorios, los mismos sujetos políticos que sostienen que la lucha cultural es la pelea de fondo que hay que dar para interrumpir estas tragedias recurrentes parecen perturbarse cuando se los insta a pasar del discurso a la acción. En parte, porque no habría consenso sobre los sentidos culturales a oponer a los instituidos como sentidos comunes por una hegemonía cada vez más sofisticada e inescrupulosa y, en parte, porque una intervención al respecto siempre les resulta inoportuna frente a las urgencias que exigen las devastaciones que dejan a su paso cada una de estas oleadas.

No obstante, dejadas atrás las urgencias coyunturales y los planeamientos de contingencia, se los sigue percibiendo con una cierta incomodidad para dar razones de su renuencia a una acción sistemática y sostenida en esta lucha. Además de la falta de consensos suficientes, también parecen asaltarlos algunos temores sobre la incidencia en los pueblos de eventuales logros en esta lucha.

En términos muy generales, parece paralizarlos el temor a que una mayor lucidez, criticidad y empoderamiento simbólico, o sea, que el paso de la “pobreza política” (SIRVENT, 1999) a una creciente riqueza política, arriesgue la gobernabilidad o la gobernanza¹ que necesitarían los gobiernos que, también por oleadas, proponen la recuperación y ampliación de derechos, y múltiples formas de reinclusión y de redistribución social y económica.

Quizás el temor a verse desbordados por estallidos de expectativas y demandas populares les impida pensar con claridad que el problema reside tal vez en una forma de hacer política y construir poder, terminando con la contradicción de que, durante la gestión de gobiernos nacionales y populares, para una gran mayoría -por momentos más o menos silenciosa, por momentos movilizadora y demandante- la política sea, en el mejor de los casos, una *litis* entre pares (RANCIÈRE, 2007), entre “ellos”, entre otros. Incluso que, a veces, desde una cierta sabiduría popular se descrea que, en el

¹ Por ahora, casi un eufemismo.

fondo, esta *litis* tenga lugar, porque “entre bueyes...”²

Más aún, en algunos países de la región la política ha sido y quiere seguir siendo un debate entre pares, en la intimidad de una clase y al interior, aún, de los mismos que han asumido la representación de las mayorías. Se habría logrado construir un sentido común sobre la política como una lucha al interior de la hegemonía, y si la hegemonía consiste, como lo afirmaba Gramsci (1986, p. 126), en la capacidad de “dirección cultural y moral” sobre las clases subalternas, estas clases parecen aceptar hoy, como componente naturalizado de su subjetividad, que la política sea más bien el espectáculo del debate de los otros. Si esto es así, más que de clases subalternas (una categoría sociológica), deberíamos hablar de clases subalternizadas (una categoría política).

¿Hasta qué punto esta situación es válida para el caso argentino? Argentina es un país democrático, al menos en términos negativos; es decir, un país en el que el respeto por los poderosos y por el poder en general es muy escaso; una sociedad en la que un mozo que sirve un café mira a los ojos al cliente ocasional en una actitud que le dice: *quizás dentro de un rato yo estaré sentado en la misma mesa que estás ocupando*. Un país en el que, en suma, existen un imaginario y una aspiración igualitaria relativamente extendidos, aun cuando en los últimos años no pueda ocultar un incremento lacerante de sus índices de desigualdad.

Sin embargo, las formas de construir política siguen siendo débilmente democráticas y los estilos de gobierno, desde y al interior del Estado, siguen siendo muy jerárquicos y verticalizados. No obstante, estos gobiernos que se autodenominan como nacionales y populares han comenzado a sumar a su identidad el adjetivo calificativo de democráticos, y esto es una buena señal.

Por ello, si mediara una horizontalización de estas prácticas con las reformas institucionales del caso, no habría razones para no tomar la iniciativa en una lucha cultural sin temores ni prejuicios, respaldando y acompañando a otros actores y movimientos sociales.

Tal vez cuestiones como éstas, que se ubican en horizontes de muy largo plazo y las periódicas interrupciones de los proyectos nacionales y populares³, impiden extender la mirada más allá del corto y mediano y desarrollar una fuerte consciencia al respecto. Más aún, la pendularidad ideológica entre los gobiernos que suelen alternarse es probable que dificulte ponerse de acuerdo para instalarlas como políticas de estado. Por si esto fuera poco, nuestra historia nacional y regional da cuenta de la sistemática injerencia explícita y subterránea de las sucesivas potencias coloniales para que esto no suceda.

Por el contrario, y como si fuera un espejo invertido, la historia de estas potencias muestra una creciente intervención de sus estados para preparar las condiciones de sus respectivas hegemonías mundiales o regionales. Tal ha sido el caso de las emergencias de Inglaterra y EE.UU., Francia y Alemania, Japón, la Rusia soviética y China, presentadas como una tendencia a la planificación, desde el siglo XVI al siglo XX (JAGUARIBE, 1972). Hoy, la potencia que asume su política exterior como expresión de un destino manifiesto da cuenta del grado de anticipación con que prepara sus intervenciones desestabilizantes -incluidas las militares cuando lo considera necesario- en las regiones del planeta que poseen recursos estratégicos, con un trabajo de inteligencia y diplomático previo que sigue el mismo patrón de comportamiento.

Quizás esta sea la explicación de por qué en América Latina sean tan pocos los mandatarios que han alcanzado la estatura de estadistas, capaces de alargar la mirada de forma más prospectiva, y

² “Entre bueyes no hay cornadas”, refrán popular argentino que en este contexto discursivo alude a que, cuando en la cúspide del poder político hay intereses comunes de última instancia que preservar, no hay que temer daños recíprocos serios.

³ Adecuando esta expresión a un contexto en el que ya no se puede hablar de ni esperar proyectos nacionales en el sentido de los años setenta.

abunden aquellos cuya experticia es la coyuntura y el corto plazo; aquellos que, en el mejor de los casos, se destacan como gestores eficientes que son absorbidos en su intento de dar respuestas a las víctimas de cada ciclo neoliberal, pero que dejan en un segundo plano a los victimarios.

Sin retrotraernos a liderazgos tan épicos y a la vez diferentes, como fueron los de Sandino, Gaitán, Perón, Getulio Vargas, Haya de la Torre, Velasco Alvarado, Allende, el “Che” Guevara y Castro, en los últimos veinte años surgieron en América del Sur grandes líderes que supieron interpretar las necesidades de sus pueblos; algunos murieron, incluso en condiciones dudosas; otros sobrevivieron a tumores que la prensa internacional tituló como “la enfermedad que aqueja a los líderes del sur”⁴ o como “el mal de los mandatarios sudamericanos”⁵ (sic); otros fueron depuestos por golpes de estado de diversas características (desde los más *blandos* a los más brutales, como el que -al momento de escribirse este artículo- está teniendo lugar en Bolivia). De todos esos líderes, los únicos reemplazados por la vía electoral fueron José Mujica, de Uruguay, y Cristina Fernández, de Argentina (dos mandatos consecutivos y ahora vicepresidenta electa). ¿Países con democracias e instituciones más consolidadas? ¿Con sociedades más politizadas y resistentes? ¿Con historias de luchas sostenidas? ¿Anomalías para el caso argentino? (FOSTER, 2010).

Sin embargo, todos estos pueblos han tenido y tienen una cultura muy dependiente del carisma de estos líderes⁶ y todos los imperios han apelado en su relación con ellos a una misma estrategia, basada en la economía política de tratar con pocas cabezas: cooptando, neutralizando o eliminando a estos líderes, se pretende dominar a los ciudadanos que depositaron en ellos sus esperanzas de inclusión y sus sueños de reconocimiento de nuevos derechos⁷.

Este es el argumento estratégico para alentar que la lucha por un modelo cultural antagónico incluya la expectativa de lograr una cultura política autosustentable de la suerte de sus líderes; un logro tan difícil como incierto en el tiempo. El argumento sustantivo es que viabilizar una cultura política de este cuño es condición para arribar a una democracia radical, horizontalizada en sus procesos de construcción, de liderazgos múltiples y fácilmente intercambiables.

Quizás esta cultura y esta democracia lleguen más pronto que tarde, desde lugares antes impensados, como los movimientos por los derechos de género y por la expansión de la *democracia de calle*, “única manera en que las democracias contemporáneas [puedan] salir de lo que hemos denominado la vivencia fósil de la experiencia democrática”⁸; quizás lo sea desde latencias que explican las reacciones imprevisibles de pueblos sometidos a explotaciones que les resultan insoportables y que hoy se multiplican en todo el planeta⁹; quizás desde los efectos del cambio climático que en los últimos años se han acelerado y pocos ya dudan en asociarlo al sistema genocida y suicida impuesto a sangre y fuego desde hace mucho tiempo...

Todas estas posibilidades expresan “núcleos de buen sentido” (GRAMSCI, 1961) o, más aún, gérmenes de una cultura política amasada al calor de las luchas populares de resistencia a tantas

⁴ La enfermedad que aqueja a los líderes del Sur. **El Observador**, 28 de dic. 2011. Disponible en: <<https://www.elobservador.com.uy/nota/la-enfermedad-que-queja-a-los-lideres-del-sur-2011122812550>>. Acceso en: 3 de dic. 2019.

⁵ El mal de los mandatarios sudamericanos. **ELMUNDO.es**, 2 de oct. 2012. Disponible en: <<https://www.elmundo.es/america/2011/12/28/argentina/1325058113.html>>. Acceso en: 3 de dic. 2019.

⁶ Quizás en Uruguay, otrora la “Suiza de América”, esto no sea un rasgo tan marcado.

⁷ Una estrategia global, pero facilitada en el caso de América Latina por el tipo de relaciones que algunos de sus líderes construyeron con sus pueblos.

⁸ Intervención en el Foro Internacional por la Emancipación y la Igualdad. Buenos Aires, 12 de mar. 2015. Grabación propia.

⁹ El estallido popular de demandas en Chile, también en pleno desarrollo en estos días, pareciera ir en esta dirección.

violencias. Ellas son entonces la cantera fértil para encarar, desde un presente que urge, el trabajo sistemático de proponer una cultura antagónica a la que hoy pretende hegemonizar a las multitudes “colonizando hasta sus inconscientes” (ROLNIK, 2019). Más aún, a un neoliberalismo que pretende llegar tan lejos “que haga desaparecer el inconsciente, el conflicto, el antagonismo hasta adueñarse del campo onírico” (ALEMÁN, 2019, p. 86) hasta convertirnos en los zombis que algunos vez soñaron con un hombre nuevo.

Mientras tanto, en el largo camino hacia otra cultura, hay que partir de las condiciones que ofrece este sistema para intentar, al menos, que dejen de morir aquellos cuyas muertes son evitables¹⁰, que las grandes mayorías vivan todo lo dignamente que sea posible y que las víctimas de los genocidios vuelvan a vivir en la memoria de sus pueblos.

Esto es lo que permite esta democracia procedimental o burguesa, como se prefiera denominarla, la versión con la que el capitalismo pactó desde el comienzo de la modernidad; la ecuación que encontró para poner al mercado al margen del debate democrático. Como es sabido y en última instancia, entre ambos hay una incompatibilidad de intereses y, en las entrañas del sistema, la radicalización de cualquiera de los dos términos destruye al otro.

Es por ello que en América Latina han sido precedentes inaceptables que se haya querido avanzar hacia un cambio de sistema desde las reglas de juego admitidas por esta democracia procedimental: el proyecto de la Unidad Popular de Salvador Allende es el ejemplo más claro al respecto, el que desató toda la argucia destituyente de Henry Kissinger; pero también lo están siendo el Proyecto Bolivariano que echó a andar Hugo Chávez en Venezuela y el del MAS de Evo Morales en Bolivia. Por ello, cuando estos procesos se fueron poniendo en marcha, volvieron a sonar las alarmas ante el infierno tan temido: exceso de democracia, contra el que alertó la gestión de George W. Bush (h).

De cualquier manera, algo parece muy difícil de frenar: el movimiento que desde hace siglos ha abierto la caja de Pandora “de la puesta en cuestión de las instituciones existentes” y desatado el “movimiento de autoinstitución de la sociedad”, o sea, de la democracia en tanto proceso histórico (CASTORIADIS, 1996, p. 7).

Pero una sociedad democrática requiere de una “*paideia* democrática” (CASTORIADIS, 1996, p. 7) o, en otros términos, el camino hacia una sociedad sustantiva y radicalmente democrática comienza educando en el derecho a la política, derecho que abre las puertas a los demás derechos (CANTERO, 2008); un derecho que ha sido escamoteado como tal por los pícaros de la política con minúsculas, desde argumentos esgrimidos por los “fulleros y farsantes” de la nueva derecha (NUN, 2000, p. 137); también de los que anidan en los movimientos nacionales y populares, en los populismos que entusiasmaron a Laclau, como “la expansión de la lógica de la equivalencia a expensas de la lógica de la diferencia” (LACLAU, 2005, p. 104) y que conceptualizó también Gabetta como la “expresión política de la crisis”, “su fuerza más activa”, la que dirime “en el poder político la lucha que tiene lugar en las entrañas del sistema” (GABETTA, 2006, p. 3).

Precisamente, desde esas entrañas y hace treinta años, uno de esos pillos aconsejó (¿o advirtió?)

¹⁰ “Desde el conocimiento de los avances en modelos predictivos sobre aspectos extremadamente complejos de la vida social, es posible afirmar hoy que cada proyecto político y presupuestario podría ser evaluado desde la perspectiva de las muertes evitables en términos -claro está- estadísticos. El análisis comparado de estos proyectos permitiría identificar, con muy escaso margen de error, aquellos que serán directamente genocidas por la mortalidad infantil, que no podrán evitar, por el índice de esperanza de vida que no podrán subir, por las muertes que se hubieran evitado si se hubieran proyectado y presupuestado mejoramientos en atención primaria de la salud, en la capacidad de la medicina social reparadora y en el acceso a los medicamentos; incluso en la prevención de accidentes laborales y viales y hasta en el grado de aprestamiento para acciones de contingencia en caso de catástrofes ecológicas, naturales, epidemias, etc.” (CANTERO, 2016, p. 61-62).

a este autor: “no hay que avivar a los giles¹¹”. En el caso argentino, al menos, quien escribe sigue pensando que, precisamente, por su contradictoria fecundidad, este populismo puede ser fuente de lo inesperado, de una diversificación de alternativas para las mayorías populares (CANTERO, 2016).

El camino es entonces el de “avivar a los giles” a contrapelo de todas las derechas, las que anidan en el campo popular y las que son inherentes a las rancias oligarquías. En el ámbito nacional, es el camino de la educación popular, de la comunicación popular y de la economía popular, para ir alumbrando desde lo simbólico y material una cultura capaz de ir desmontando, pieza por pieza, los dispositivos siempre creativos y cambiantes de la hegemonía. En el espacio global, la mesa estratégica para los pueblos se completa con una cuarta pata, la que exige una guerra de quinta generación: “Estamos peleando guerras que ya no existen, cuando el campo de batalla está en Internet, en el *big data*, en los algoritmos, en la inteligencia artificial” (AHARONIAN, 2018).

Sobre la primera pata de esta mesa estratégica, la de la educación popular, propuse la siguiente sistematización de las prácticas que la abarcan (CANTERO, 2018)¹²:

- a. El relevamiento permanente: que muestra a directivos y docentes saliendo de los muros de las escuelas para conocer de primera mano la situación en que viven los estudiantes (“La crítica es el relevamiento de la ignominia” escribió José Pablo Feinmann -2008, p. 148-, alguien que alguna vez apeló a la ironía para presentarse como un “subfilósofo de la periferia”).
- b. La investigación y la revisión autogestionaria de su formación de origen, a partir de un esfuerzo por descentrarse de la propia cultura y saberes previos, logrando comprender e indignarse al constatar sus situaciones de vida y de derechos conculcados.
- c. El trabajo pedagógico para desnaturalizar y problematizar estas situaciones, mostrando que las mismas no sólo no son constitutivas de un destino, sino que deben y pueden ser modificadas.
- d. La inversión del orden prescripto por algunos currículos oficiales, haciendo de estas situaciones el punto de partida didáctico y reorganizador del currículo escolar.
- e. La iniciación de los estudiantes, desde pequeños, en un ejercicio colectivo de sus derechos, que involucre a sus familias, vecinos e instituciones de los entornos barriales o rurales.

Sin embargo, éstas y otras experiencias similares de las que se tiene información expresan sólo un grupo minoritario al interior del sistema educativo. Multiplicarlas como sostén de uno de los soportes de la lucha cultural implica por lo menos dos líneas de praxis político-pedagógica: una, orientada a la formación de nuevas generaciones de educadores en valores y contenidos culturales antagónicos a los que hoy hegemonizan los sentidos comunes que nos atraviesan a todos como sociedad; la otra, vinculada con las condiciones de viabilidad para que las nuevas generaciones de estudiantes tengan la oportunidad de participar en la construcción de una opción cultural, que ha sido históricamente gestada en luchas seculares por el reconocimiento y el respeto que han sostenido los sujetos de sucesivas violencias, injusticias y vejaciones.

La escuela es por ello el espacio políticamente inexcusable: “por una razón de número; en ella se

¹¹ En el lunfardo argentino, “giles” (o *gíria* en Brasil) alude a los tontos y/o ignorantes, que pueden ser objeto de manipulación o engaño; algo similar al término idiota, que derivó en un sentido semejante desde su empleo en la antigua Grecia para designar a ciertos ciudadanos en su incomprensible renuencia a intervenir y decidir en los asuntos públicos que los afectaban.

¹² Una investigación que, a largo de veinticinco años, comprendió experiencias con niños de los tres grandes grupos de las clases subalternizadas: los marginados urbanos, los pueblos originarios y los campesinos; a través de once unidades de análisis (ocho surgidas por iniciativas de pequeños grupos escolares y tres contenidas en organizaciones y movimientos sociales), en cuatro regiones geo-culturales de Argentina y en una del sur de Brasil.

encuentran los millones de niños y jóvenes, el pueblo. La presencia del pueblo no es, por supuesto, condición suficiente, pero sí necesaria para encarar la educación popular [...] la política está donde están los millones de hombres” (TAMARIT, 1992, p. 84). No se resuelve el problema de la educación popular, por muy valiosas que sean las experiencias de este tipo en el ámbito de la informalidad, “si el pueblo está ‘en otro lugar’” (TAMARIT, 1992, p. 84).

Aquel reconocimiento y respeto han sido instituidos por sucesivas normas que han avanzado en darle estatuto jurídico a un conjunto de derechos en el marco de relaciones de fuerza en permanente disputa y, por ende, inestables y cambiantes. De ahí que entre estos reconocimientos de derechos y el goce efectivo de los mismos siempre ha habido un largo trecho, tanto para mantenerlos como para ampliarlos. Estos han sido y siguen siendo fruto de la pedagogía de la lucha.

Frente a estos procesos que implican opciones axiológicas para una cultura que los sostenga, la hegemonía sigue perfeccionando creativamente “un mega sistema complejo, capaz de autorregularse y adaptarse permanentemente a sus propósitos de dominación para la explotación (GONZÁLEZ CASANOVA, 2005). Megasistema que, desde la articulación interdisciplinaria de las tecnociencias y desde su propia red de producción cultural, impulsa las antidemocracias, post-democracias o democracias de mercado y tiene, obviamente, su propio proyecto de construcción de subjetividades y de educación ciudadana” (CANTERO, 2018, p. 198).

Pero estas nuevas formas de hegemonía que, intentando economizar coerción, están superando década tras década lo pensado por Gramsci, Foucault, Williams, el propio González Casanova y tantos otros, están combinando elementos que hubiera costado imaginar en épocas no tan lejanas; eran tiempos en que creíamos que los humanos habíamos logrado dejar atrás a un orden revelado como referencia de nuestras conductas colectivas para dar paso a un orden secularizado.

Sin embargo, no sólo estamos asistiendo en términos globales a relatos que han naturalizado la postverdad como sostén de sus discursos y al marketing como herramienta privilegiada de la política, sino también a fundamentalismos de todo tipo que están ocupando buena parte de la escena mundial. Así, el razonamiento se eclipsa ante la emotividad; la razón se eclipsa por el sentimiento, la fe, la ilusión, la miopía, la ceguera, la imagen, el fanatismo, la obnubilación y la adicción (BOSCH; BRUNET; ROSIÑOL, 2017, *in*: MITTERMEIER, 2017). Más aún, a la creciente *mafisticación* de la política, que muchos denunciábamos hace más de una década, se ha sumado una creciente *fascistificación* de la misma, con niveles de violencia y odio de clase al diferente que se creían fenómenos del pasado (sean los blancos de este odio indios, afrodescendientes, “cabecitas negras”, inmigrantes, personas con opciones de género disidentes, etc.). Incluso una psicopolítica desde la que el poder seduce e intenta generar una subjetivación prerreflexiva y efusiva de dominación, que hace que el sujeto alienado exculpe al sistema de su propia suerte y se asuma como constructor de su destino (HAN, 2014). En suma, a esta política convencional de la causa común, propia de “la modernidad pesada/sólida/hardware”, se la reemplaza por la política del espectáculo, propia de una modernidad líquida (Durán Vázquez, 2014). Aún más, se la está reemplazando por una biopolítica que está siendo estudiada desde una nueva ciudadanía, que no sólo demanda derechos en relación a su propia salud y enfermedad, sino también en relación al conocimiento y administración de su propio genoma (ROSE, 2012). Sobre niños y adultos pesa una contra-pedagogía de la crueldad (SEGATO, 2018), crueldad que va más allá del género y la raza y que hoy se asume como requisito de la explotación y/o descarte de una clase que exhibe exultante su odio.

En estos últimos cuatro años en Argentina (2015-2019), se ha progresado peligrosamente en la construcción de esta hegemonía: muchas voces disidentes se han ido apagando, los periodistas opositores y sus medios de difusión se han reducido por expulsión y/o ahogo económico; “vamos llegando al discurso único, a la construcción única de realidad, propia de todo totalitarismo [...] lo que está en peligro es el espacio mismo de la democracia plural” (ZAFFARONI, 2017).

Cabe preguntarse entonces, ¿nos estaremos encaminando como país y como región a regímenes que ameriten una nueva categoría política: la de neodictaduras? El caso brasileño parece confirmarlo; en Bolivia los acontecimientos están en pleno desarrollo. En Argentina, una mayoría relativa de la ciudadanía ha mostrado su hartazgo y abierto la posibilidad de una nueva época de restitución y ampliación de derechos de manera más participativa y consensuada, en medio de un escenario incierto y por momentos amenazante.

Hace más de veinte años un brasileño arriesgaba una propuesta de valores aún vigentes como punto de partida para el debate sobre la cultura antagónica a oponer a la dominante (DA SILVA, 1995):

- la cooperación en vez de la competencia;
- la convivencia democrática en vez del autoritarismo y la jerarquía;
- la conciencia crítica en vez del conformismo, la docilidad y la sumisión;
- la comprensión de las diferencias humanas en vez de las diversas categorías de prejuicio;
- la solidaridad y la convivencia, en vez de la acumulación y el consumismo;
- la igualdad y justicia en vez de la dominación y el control.

Hoy, un contexto casi impensado entonces, sugiere avanzar en otras propuestas que, en un señalamiento sin pretensión alguna de exhaustividad, incluiría:

- el derecho al reconocimiento de identidades de género desde la autopercepción y a una efectiva igualación de derechos políticos, laborales y sociales entre hombres y mujeres, que sustituya los valores del patriarcado que aún propicia la cultura conservadora que articula sus intereses con el sistema neoliberal;
- la concreción urgente de un estado laico, sin privilegio alguno para las religiones que, desde algunas expresiones fundamentalistas, se disputan el poder para alienar consciencias;
- el derecho a la vida y a una vida digna, cuya puesta en riesgo es la evidencia empírica de lo que debe ser transformado (DUSSEL, 2006);
- el reconocimiento del planeta tierra, de la Pacha Mama, de la Casa Común, como sujeto de derecho que nos incluye, frente a los negacionismos de los intereses imperiales y de los egoísmos genocidas y suicidas.

Un párrafo aparte merece la necesidad de un abrazo jurídico a la multiculturalidad, con instrumentos precisos para que los diferentes códigos pongan coto a la ola de odios clasistas, racistas y sexistas que recorren el planeta y, en particular, América del Sur. Las brutales represiones a los levantamientos y resistencias populares actuales en Ecuador, Chile, Bolivia y Colombia lo requieren de manera urgente. Esta multiculturalidad se expresa en:

- los pueblos originarios y, por ende, no occidentales de AbyaYala;
- los afrodescendientes, sobrevivientes a un período de la historia de Occidente que nos avergüenza como especie y que -a pesar sus pesares- supo regalar a América un arte y una cultura que le canta a la vida y la hace vibrar con sus ritmos y colores;
- los contingentes de inmigrantes, pueblos trasplantados de sus orígenes por las penurias de sus patrias;
- los migrantes intrarregionales;
- y todas las mixturas que originaron y enriquecieron las culturas americanas.

La cabalgata de todos estos odios al diferente, cual jinetes de un Apocalipsis triunfante sobre el

humanismo, podría convertirse en la profecía autocumplida del final patético de nuestra historia.

Sin embargo, todavía subyace a todas estas decisiones de política cultural y de derechos humanos responder a una cuestión que planteó Eduardo Galeano a poco de acontecida la caída del Muro de Berlín:

El Oeste vive la euforia del triunfo. Tras el derrumbamiento del Este, la coartada está servida: en el Este, era peor. ¿Era peor? Más bien, pienso, hay que preguntarse si era esencialmente diferente. Al Oeste, el sacrificio de la justicia, en nombre de la libertad, en los altares de la diosa Productividad. Al Este, el sacrificio de la libertad, en nombre de la justicia, en los altares de la diosa Productividad. Al Sur, estamos todavía a tiempo de preguntarnos si esa diosa merece nuestras vidas. (GALEANO, 1992, p. 129)

Para evitar sacrificar la justicia o la libertad en el altar de esa diosa, los pueblos originarios de América del Sur tienen la filosofía del vivir bien o de la vida buena¹³; una modalidad de vida que se desacopla de la carrera por el vivir cada vez mejor, exigida por el crecimiento incesante para un mercado de productores y consumidores insaciables, y asume vivir con lo necesario en armonía con la naturaleza.

En este punto, la lucha cultural implicaría también la lucha contra nosotros mismos, educadores educados en una cultura que nos atraviesa con sus fetiches y nos intenta seducir desde todas las pantallas y monitores para satisfacer necesidades generadas, en su gran mayoría, por la creatividad del marketing. Esta seducción es tan fuerte que bien podría hipotetizarse que su tracción puede convertir a un individuo sometido a la abstinencia de consumo en un “balsero” que busque alcanzar la orilla de la tierra prometida con riesgo real de vida. “De otro modo, y si no se logra encontrar una apertura en el horizonte de la emancipación, a través de una, digamos, ‘santidad subversiva’, siendo por ahora muy incierta y problemática, se cumplirá lo que denomino: CAPITALISMO: CRIMEN PERFECTO” (ALEMÁN, 2019, p. 87).

Lo cierto es que, para no ser parte del problema, los educadores dispuestos a militar en la lucha cultural tienen que asumirse primero como trabajadores de la cultura, es decir, como comunicadores de los sentidos de última instancia; como pedagogos que se proponen persuadir a los estudiantes sobre la necesidad de debatir, crítica y colectivamente, aquellas cuestiones que son nodales para decidir sobre el sentido que queremos dar a nuestra existencia y a nuestra vida en sociedad en general y, en particular, sobre el sentido de educar en la dirección de los valores que se acaban de proponer, como posibles componentes de las identidades móviles y abiertas de un nosotros siempre en construcción, pero orgánicamente radical o transformador, como hace años lo propuso Giroux (1990).

Al mismo tiempo, esto le requiere al militante de una liberación cultural ser él mismo sujeto de una reflexividad vigilante sobre su propia implicación en esta construcción cultural antagónica. Esto implica un trabajo colectivo para su propia descolonización; pero, además, sobre su propia sensibilidad. Ser un intelectual crítico es condición necesaria pero no suficiente y en esto hay que ser claro: no se puede “saber sin comprender y, especialmente, sin sentir ni ser apasionado” (GRAMSCI, 1984, p. 124); pero el sujeto-objeto de la pasión no es una abstracción. La educación no es una relación mediada por el conocimiento, es una relación, antes que nada, entre sujetos a propósito del conocimiento; es una relación humana entre sujetos adultos y, muchas veces, niños y adolescentes, una relación asimétrica y atravesada por múltiples expectativas y depositaciones.

En este ámbito relacional y en contextos muchas veces de extrema indignidad, el educador que

¹³ Artículo 8.I. de la Constitución del Estado Plurinacional de Bolivia; Preámbulo de la Constitución de Ecuador y capítulo segundo (derechos del buen vivir) y Título VII: Régimen del Buen Vivir de la misma.

no experimente indignación, ternura, angustia, determinación, desasosiego... debería preguntarse con toda honestidad sobre su elección primera, aquella que lo llevó a convertirse en un trabajador de la educación. Si la respuesta es afirmativa, deberá disponerse a una reflexión también profunda sobre las dimensiones intersubjetivas, comunitarias y sociales de su compromiso moral.

En síntesis y sin recaer en idealizaciones enmascaradoras decimonónicas, esta es la madera en que tendrían que tallarse los militantes de la educación popular por una cultura liberadora. Exigencias equivalentes de responsabilidad político-pedagógica y de coherencia ética y moral tendrían sus formadores.

La tarea es de largo aliento, pero urge iniciarla, y será ardua y riesgosa:

Toca a las educadoras y los educadores progresistas, armados de claridad y decisión política, de coherencia, de competencia pedagógica y científica, de la necesaria sabiduría que percibe las relaciones entre tácticas y estrategias, no dejarse intimidar. Toca a ellos y a ellas *elaborar* su miedo y crear con él el valor con el cual enfrentarse al abuso de poder de los dominadores. Les toca, por último, realizar lo que es posible hoy, para que mañana se concrete lo que hoy es imposible. (Freire, 1996, p. 111-112)

Bibliografía

AHARONIAN, Aram. ¿Enfrentar la guerra de quinta generación con arcos y flechas? **Revista Rebelión**, 2018. Disponible en: <<https://www.rebelion.org/noticia.php?id=245686>>. Acceso en: 3 de dic. 2019.

ALEMÁN, Jorge. **Capitalismo – Crimen perfecto o Emancipación**. Barcelona: NED, 2019.

HAN, Byung-Chul. **Psicopolítica – Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder**. Barcelona: Herder Editorial, 2014.

CANTERO, Germán. **Prácticas de gobierno escolar como prácticas de educación popular en escuelas públicas**. Tesis de doctorado – Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2018. Disponible en: <<http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/10714>>. Acceso en: 3 de dic. de 2019.

CANTERO, Germán. América Latina: pedagogía de un presente (con foco en Argentina). *In*: VOGLIOTTI, Ana (Comp.). **Formación como gestión**. Río Cuarto: UniRío Editora – UNRC, 2016, p. 43-113.

CANTERO, Germán. La educación ciudadana desde un intento de construcción alternativa. *In*: CANTERO, Germán; CELMAN, Susana; equipo del proyecto. **Educación y Ciudadanía: alternativas y resistencias a la exclusión social – Informe Final de Investigación, Cap. 1**. Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Entre Ríos, Paraná, 2008. Disponible en: <http://biblio.fc.edu.uner.edu.ar/proyectos_investigacion/Cantero_Celman/proyectos.htm>. Acceso en: 3 de dic. de 2019.

CASTORIADIS, Cornelius. La democracia como procedimiento y como régimen. **Revista Iniciativa Socialista**, n. 38, p. 50-59, feb. de 1996.

DA SILVA, Tomaz Tadeu. **Escuela, conocimiento y curriculum**. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores, 1995.

DURÁN VAZQUÉZ, José F. Tiempos líquidos. Configuraciones de la temporalidad actual en la obra de Zygmunt Bauman. **Aposta. Revista de ciencias sociales**, n. 60, ene./feb./mar. de 2014. ISSN 1696-7348.

DUSSEL, Enrique. **Ética de la liberación – En la edad de la globalización y de la exclusión**. Madrid:

Editorial Trotta, 2006.

FEINMANN, José Pablo. **La filosofía y el barro de la historia**. 2da ed. Buenos Aires: Planeta, 2008.

FREIRE, Paulo. **Política y educación**. México DF: Siglo XXI Editores, 1996.

FORSTER, Ricardo. **La anomalía argentina**. Buenos Aires: Sudamericana, 2010.

GABETTA, Carlos. Populismos. **Le Monde Diplomatique**, Buenos Aires: Edición Cono Sur, p. 3, jun. 2006.

GALEANO, Eduardo. **Ser como ellos y otros artículos**. Buenos Aires: Catálogos, 1992.

GARCÍA LINERA, Álvaro. **Jornadas Latinoamericanas de Pensamiento**. Buenos Aires, 2015. Desgrabación propia.

GIROUX, Henry. **Los profesores como intelectuales. Hacia una pedagogía crítica del aprendizaje**. Madrid; Barcelona: Paidós, 1990.

GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo. **Las nuevas ciencias y las humanidades – De la academia a la Política**. 2da ed. Barcelona: Anthropos, 2005.

GRAMSCI, Antonio. **Cuadernos de la cárcel, Vol. IV**. México: Ediciones Era, 1986, p. 113-382.

GRAMSCI, Antonio. **El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce**. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1984.

GRAMSCI, Antonio. **Literatura y vida nacional**. Buenos Aires: Lautaro, 1961.

JAGUARIBE, Helio. **Desarrollo político: sentido y condiciones**. Buenos Aires: Editorial Paidós, 1972.

LACLAU, Ernesto. **La razón populista**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2009.

MITTERMEIER, Johanna. **Desmontando la posverdad. Nuevo escenario de las relaciones entre la política y la comunicación**. Trabajo de Fin de Máster. Barcelona, Facultad de Ciencias de la Comunicación, Departamento de Medios, Comunicación y Cultura, Universidad Autónoma de Barcelona, 2017.

NUN, José. **Democracia - ¿Gobierno del pueblo o gobierno de los políticos?** Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.

RANCIÈRE, Jacques. **El desacuerdo – Política y filosofía**. Buenos Aires: Nueva Visión, 2007.

ROLNIK, Suely. **Esferas de la insurrección – Apuntes para descolonizar el inconsciente**. Buenos Aires: Tinta Limón Editores, 2019.

ROSE, Nikolas. **Políticas de la vida**. La Plata: UNIPE Editorial Universitaria, 2012.

SEGATO, Rita. **Contra-pedagogías de la crueldad**. 2da ed. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2018.

SIRVENT, María Teresa. **Cultura Popular y Participación Social**. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores, 1999.

TAMARIT, José. **Poder y educación popular**. Buenos Aires: Libros del Quirquincho, 1992.

ZAFFARONI, Eugenio Raúl. **Conferencia de prensa en defensa de la democracia; discurso de Eugenio R. Zaffaroni ante la Comisión de Derechos Humanos del Congreso de la Nación**. Buenos Aires, 8 de noviembre de 2017. Desgrabación propia.

Germán Roberto Cantero

Doctor en Filosofía y Letras, con mención en Educación – F.F. y L., Universidad de Buenos Aires. Investigador y docente de postgrado de las universidades nacionales de Entre Ríos y Luján (UNER/UNLu), Argentina.

E-mail: canterogerman@gmail.com